

Mi Universidad y la ciudad

Apolinar Díaz-Callejas*

El nacimiento de la universidad americana tuvo una consecuencia feliz: puso a la juventud en contacto con el pueblo. La nueva ciencia no podía practicarse en las bibliotecas: la historia natural tenía que escribirse en las montañas, la ingeniería que desarrollarse en los campamentos. Por primera vez los sabios convivieron con la masa anónima. De ese encuentro casual se desprendió una maravilla: la liberación del continente... La revolución de independencia en América no es obra del caudillaje, ni idea surgida del

cuartel, sino fórmula de campesinos, puesta en limpio por estudiantes de vanguardia.

Germán Arciniegas, "El estudiante de la mesa redonda".

Sí. La conducción de la empresa liberadora de Colombia fue asumida por estudiantes o recién egresados de los recintos universitarios y por adolescentes y jóvenes. Antonio Nariño tenía 28 años de edad cuando el 15 de diciembre de 1793, hizo en Santafé de Bogotá, la primera edición en lengua castellana de la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, proclamada cuatro años antes por los revolucionarios franceses. Santander, provincia no que estudiaba leyes en Bogotá, se incorporó a las armas patrióticas a los 18 años

y a los 27 asumió la jefatura del gobierno, que ejerció durante diez años, mientras Bolívar espoleaba su caballo por valles y montañas para la liberación americana. José María Carbonell, escribano de la Expedición Botánica a los 15 años, tenía 31 cuando sublevó al pueblo de Bogotá y presidió la Junta Popular de San Victorino, que desconoció a la Suprema de notables vacilantes y empujó a los dirigentes hacia la independencia de verdad. Córdoba se sumó a los ejércitos revolucionarios cuando sólo alcanzaba los 15 años de edad; ganó el grado de capitán a los 17 al decidir el combate de El Palo, y a los 25, en la Batalla de Ayacucho, lanzó a la eternidad la más luminosa orden de mando de la historia, que definió la libertad americana, y ahí, en el campo de batalla, fue ascendido a general. Luis Vargas Tejada, poeta y soñador, iniciador del teatro nacional, dramaturgo, comediógrafo, de notable y aguda prosa política, tenía 17 años cuando la Batalla de Boyacá y apenas 27 cuando murió ahogado en los Llanos Orientales, huyendo de la sentencia de muerte por conspirar, más que contra el Libertador, contra el militarismo de generales venezolanos y colombianos, y, más aún, contra el despotismo, cualquiera fuera su origen. Por este precedente, entre otros, Colombia escapó de las dictaduras eternas y personales que instauraron generales de la Independencia en Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia, y se diferenció del resto de la América Latina al convertirse en tierra donde no han germinado ni sobrevivido las dictaduras y se ha luchado por crear un Estado de derecho y dar solidez a la democracia republicana y representativa.

Tiene razón histórica Germán Arciniegas cuando afirma que el 25 de septiembre, que fue sólo un instante, un momento, es el día más trágico y más dramático de la historia de América, pues "los estu-

diantes que conspiran contra Bolívar dictador aparecen luego en todos los momentos de América cada vez que de derrocar una dictadura se trata" ⁽¹⁾

ALGO SOBRE LA JUVENTUD QUE ME CORRESPONDIO VIVIR

Recordar en esta Universidad, creada, precisamnete por Santander, la legítima historia de la juventud y los estudiantes colombianos en la hazaña libertadora y en la búsqueda de la democracia y el Estado de derecho, tiene para mí un significado emocional e intelectual de profunda intensidad, pues he llevado siempre con el mayor orgullo mi condición de Bachiller y Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Cartagena de Indias. Porque aquí formé mi rebeldía, liberé mi estirpe revolucionaria, —no disminuida, por cierto, pese al paso de los años—; porque aquí, en sus salones y corredores, se templó mi espíritu como componente de una generación que emergió y se formó intelectualmente en esa confrontación tenaz y radical que fue la lucha contra el fascismo, al tiempo que fue marcada por la utopía y desafío del humanismo socialista.

Soy, pues, de esa universidad que desde la epopeya de la independencia buscó al pueblo y se apoyó en el pueblo. Y no es una simple frase. Aquí, en la Universidad de Cartagena, la de Indias, se desarrolló y desenvolvió mi vocación para la solidaridad con los trabajadores y de apoyo a las luchas campesinas por la tierra, junto a las reivindicaciones propiamente universitarias y estudiantiles.

Yo llegué a esta Universidad procedente de la Escuela Normal del Litoral Atlán-

* Bachiller y Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Cartagena de Indias, miembro de la Academia Colombiana de Historia, directivo de la Comisión Andina de Juristas.

Texto del discurso para recibir la condecoración "Medalla del Sesquicentenario de la Universidad de Cartagena", leído en el Aula Máxima de la Facultad de Derecho de la Universidad, el 18 de diciembre de 1997.

1. Germán Arciniegas. "El Estudiante de la mesa redonda". Bogotá, Planeta, 1991, pássim.

tico de Barranquilla, donde inicié mi preparación para ser institutor, es decir, maestro de escuela. Vale recordar que en Cartagena, después, para subsistir y estudiar, fui maestro de escuela de verdad. Enseñaba aritmética a los niños de seis años y matemática a los mayores.

Pero acabo de cometer un error imperdonable, porque primero debe estar que yo llegué a Barranquilla desde Colosó, un pueblo encaramado en los Montes de María, a 160 metros 38 centímetros sobre el nivel del mar, lo que hace que nos crean pretenciosos y mandones. No hay tal que seamos así. Lo que ocurre es que si la gente de las antiguas Sabanas de Bolívar, hoy de Sucre, está al nivel del mar y los de Colosó a semejante altura, tenemos que mirarlos desde arriba hacia abajo. Es igual a que alguien, desde el último piso de un edificio de 50, mire a quienes van por la calle, abajo. Los verá chiquiticos. El colosoano es proverbialmente modesto. Por ejemplo, no hay uno solo que no reconozca sinceramente que París es mejor que Colosó. Pero para los fines del importante acto en que estamos en este momento, lo fundamental es subrayar que de Colosó llevé a Barranquilla una significativa tradición de luchas agrarias y políticas. Ahí ejerció y ganó, en 1685, por primera vez en América, la acción de tutela ante la Real Audiencia de Santafé de Bogotá, el indígena colosoano Baltazar Pérez, para defender su derecho y libertad de contratarse como trabajador libre con quien le diera su real gana. El 15 de septiembre del año 1900, el general Rafael Uribe Uribe, en casa de mi tío Facundo Madrid Alvis, reunió en Colosó los altos mandos de los ejércitos liberales del Norte. En 1913, Eduardo Arango y Córdoba, fundó el primer sindicato agrario de Colombia. Además, a diferencia del resto de la Costa Caribe colombiana, cuya muy generalizada actividad co-

mercial fue el contrabando desde afuera y hacia adentro. Colosó ha sido históricamente exportador, primero de **bálsamo de Tolú**,⁽²⁾ y luego de **tabaco** y otros productos de origen vegetal, lo que le ha dado una personalidad abierta y dinámica, que atrajo inmigrantes antioqueños, vascos, italianos, españoles, bogotanos, libaneses y alemanes, desde mediados del siglo XIX.

Fue desde esa atmósfera libertaria de Colosó de donde llegué a Barranquilla.

En esta ciudad fui parte de la generación de la lucha contra el fascismo, a la que le tocó sufrir la invasión de Abisinia por los ejércitos fascistas italianos; la que sufrió la lenta muerte de Antonio Gramsci en los calabozos de Mussolini, que no pudieron impedirle escribir sus **Cuadernos de la cárcel**; la que vibró en la vívida presentación de las huelgas obreras que realizó para todos los tiempos Serguei Eisenshtein en *El Acorazado Potemkin*; la que percibió la hondura de la protesta y del humanismo de Charles Chaplin; la que gozaba el cine mexicano y los corridos de la revolución que contaban las historias y hazañas de Emiliano Zapata y Pancho Villa; la que peleó en las calles de Barranquilla por la causa de la república española y contra el fascismo franquista; la que se estremeció hasta lo infinito con el crimen en Granada contra Federico García Lorca; la que padeció los tormentos de Miguel Hernández, el poeta de ojos verdes de **Nanas de la cebolla**, atornillado a la muerte en las cárceles de la dictadura del "generalísimo", y a quien en la Prisión del conde de Toreno no le pudieron impedir gritar su desafío:

2. Juan José Nieto. *"Historia, estadística y local de la Provincia de Cartagena, República de la Nueva Granada, descrita por cantones"*. Cartagena, Imprenta de Eduardo Hernández, 1839. p. 132.

Cierra las puertas, echa la aldaba,
carcelero,
Ata duro a ese hombre: no le atarás el
alma.
Son muchas llaves, muchos cerrojos,
injusticias:
No le atarás el alma.

En Barranquilla leía una hoja periodística semanal comunista llamada **"Tierra"**, que me vendía el cocinero del internado por cinco chivos⁽³⁾, y me inicié en el hervor de la "revolución en marcha", siguiendo por la radio de la Escuela Normal los mensajes de Alfonso López Pumarejo y los grandes debates de Darío Echandía, Jorge Eliécer Gaitán, Gerardo Molina, Carlos Lozano y tantos más en el Congreso de la República. La discusión de la reforma constitucional de 1936, de la ley de tierras y del código penal, por ejemplo, la seguíamos los estudiantes de la Normal día a día, para luego continuar la polémica entre nosotros mismos. Teníamos que saber esas cosas que eran parte de la historia nacional para poder contarlas luego a los alumnos de las escuelas que se suponía dirigiríamos algún día. Por cierto que cuando varias décadas después ingresé al Senado de la República, me correspondió ser miembro de un Congreso silenciado, primero por los regímenes autoritarios de la violencia y luego por el frente nacional. No eran transmitidas las sesiones, de modo que los congresistas quedamos sometidos al gusto, generosidades y adversidades de los redactores de la prensa y la radio. Un Congreso silenciado tenía que ser a los ojos de la opinión, inevitablemente, un mal Congreso. Romper el cerco era una empresa de altos y complejos costos. Eran tiempos de democracia restringida.

3. Chivo, costefi'smo, por centavo.

La disciplina educativa en la Normal fue, por fortuna, de mucho rigor, conforme a las pautas de pedagogos alemanes traídos al país. En los cuatro años que alcancé a cursar tuve que leer una colección completa de más de cien bolsilibros de los mejores cuentos de todos los países del mundo, el Quijote y buen número de obras de la literatura clásica española, Shakespeare, la novela francesa, Goethe, poesía, teatro, historia, mucha historia, y, por los requerimientos de la pedagogía, psicología y psicoanálisis. Además, comprábamos por unos centavos y nos aprendíamos de memoria los discursos de los mejores oradores radicales liberales, como el de Vargas Vila ante la tumba de Diógenes Arrieta, que vendían veteranos liberales de la Guerra de los Mil Días. Claro está, también los libros revolucionarios como **La madre** de Máximo Gorki, **El materialismo histórico** de Nicolai Bujarin, **El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado** y el **Anti-Dühring** de Federico Engels, el **Manifiesto comunista** y algo más de Marx y de otros pensadores.

Con ese modesto bagaje de inquietudes intelectuales y políticas, y con mi tenaz pobreza económica, llegué a la Universidad de Cartagena, donde me recibí de bachiller y Doctor en Derecho y Ciencias Políticas. Entonces, como hoy, la educación pública era la única accesible a los pobres. Una de las aberraciones e inconsistencias del subdesarrollo de Colombia es que cuando hay más cantidad de pobres hay menos escuelas y universidades públicas.

LA UNIVERSIDAD Y LA CIUDAD QUE ME FORMARON

¿Qué eran la Universidad y la ciudad en que me formé? En mis recuerdos, algo fabuloso con mucho pasado y nombradía, pe-

ro con un presente incierto y un futuro confuso ante los empujones modernizadores de un capitalismo enclenque y subdesarrollado como ha sido y es el colombiano.

La Universidad era parte entrañable de Cartagena, estaba inmersa en la ciudad y los estudiantes convivíamos con sus mitos y con la gente que, cualquiera fuera su estirpe social o actividad cultural o política, iba a las heladerías, cafés y cantinas; al Portal de los Dulces a hacerse limpiar los zapatos, al Camellón de los Mártires a chismear y a mostrar que se estaba vivo y coleando, en una democracia presencial de la que todos participábamos, o que en las esquinas cruzadas por los vientos alisios, que formaban los llamados "abanicos de los pobres", conversaba y discutía sobre lo divino y lo humano. Un poco lejano, pero en el corazón de todos, **El Bodegón**, bajo la presencia distante del gran poeta nacional y del alma tropical, Luis Carlos López. Desde la Independencia, el poder gubernamental regional construyó una tribuna de madera de uso público, que era guardada en los patios del edificio de la gobernación, para que quienes querían protestar o aplaudir la sacaran a la Plaza de la Gobernación y la usaran como tribuna libre ante las autoridades. Era una deliciosa y desahogante democracia de provincia.

No es posible recordar y decirlo todo hoy. Pero hay nombres, muchos nombres, que aspiro a registrar completos en alguna narración sobre los tiempos que me correspondió vivir. Pero algunos tengo que mencionar ahora.

El primero fue un portero, cuyo nombre no he podido averiguar en estas semanas, que cumplía su oficio en la entrada principal de la Universidad. Ese solidario trabajador, en mis períodos de agudos con-

flictos, cuando estaba sin trabajo y sin cómo pagar la pensión, me abría todas las noches las puertas y me dejaba subir al segundo piso. Al lado de lo que hoy es la escalera, tendía en el suelo unos periódicos, y, en pelota para no ensuciar la ropa, me echaba a dormir. Al otro día me bañaba en la casa o pensión de algún compañero.

No puedo dejar de hablar del profesor de física, francés y latín, José Egel, un hombre bueno por excelencia, además de competente maestro, que me auxiliaba en esas crisis con veinte centavos diarios, que servían para un desayuno de diez centavos y en la noche para un peto con leche caliente en la Plaza de Mercado, que servía a una clientela de pobres, el mesero **Carmen Miranda**, un mulato que cambió su posible destino físico de boxeador por el intento de clonar en sí mismo a la notable cantante y bailarina brasilera.

Tengo que recordar también a un hombre de una generosidad sin límites que me dio su apoyo y confianza en momentos cruciales como universitario y líder revolucionario estudiantil. Estaba inscrito en la Cámara de Comercio como **corredor de bolsa**. Era prestamista de mucha gente en apuros. A mí me prestó muchas veces, sin garantía ni respaldo alguno diferente de mi palabra. Llegué a deberle hasta quinientos pesos, que en esa época era bastante plata, equivalente al sueldo de gobernador o a dos años de pensión. Era un singular ejemplar humano. Lo normal es que el deudor en mora huya o se le esconda al acreedor. Yo mismo lo hice. Alguna vez conseguí que don Elías Oke me prestara veinte pesos para la pensión. Pero no le pude pagar a tiempo. Era un buen y sencillo comerciante, que acosaba a sus deudores. Al fin y al cabo se trata de su plata. Pero yo siempre he tenido buena vista. Mi padre era nota-



Benjamín Farbiarz: óleo, 200 x 55 cms.

ble cazador en Colosó. Yo también había practicado la cacería y podía ver a mucha distancia, entre los montes altos o el rastrojo, el ave o el animal para cazar. Eso me sirvió, porque cuando salía a la puerta de la Universidad y veía por entre mucha gente, a una o dos cuadras, a don Elías, en la esquina de su almacén, cambiaba de rumbo. Lo mismo cuando, con el ojo alerta del deudor, lo descubría haciéndome el corte en otras calles. Finalmente pagué y se acabaron las huidas.

Pero el hombre a quien quiero rendir hoy un homenaje de gratitud, era conmigo lo contrario. Cuando yo no le pagaba me huía. Era yo quien tenía que hacerle la cacería. Siempre entendió que si no le había pagado era porque no podía. Entonces esperaba. Me conocía bien y me tomó mucho afecto. Sabía que era un pobre que cumplía sus compromisos. Pero era muy perspicaz y aprendió que cuando, su deudor moroso, le hacía la cacería, era para que me prestara más plata. Nunca me la negó. Era Raúl Porras. Su comprensión y su generosidad contribuyeron de manera importante a la culminación de mi carrera universitaria. Hoy rindo este homenaje a su memoria.

Volvamos a la Universidad, a su gente, a sus profesores, a los compañeros. Es imposible nombrarlos a todos. Algún día, más pronto que tarde, lo haré.

Tuve profesores excelentes. Domingo López Escauriaza, de introducción al derecho. Era lúcido y preciso en la exposición y en las palabras. El doctor Rafael Calvo de psicología. Muy delgado, nervioso y empedernido fumador. Su clase era amena y con notable sentido del humor que hacía comprensible la materia. Miguel Ángel Royo, de derecho constitucional. Roque Pupo Villa, de penal, José María Lozano, de civil. Blas Herrera Anzoátegui, de

procesal civil, cuyas explicaciones sobre la teoría de la acción son las mejores que he escuchado y leído en Colombia, pero que nunca recogió en el tratado de derecho procesal que muchas veces le insinué. Alberto Enrique Torres, "**Torrique**", de comercial, de quien tengo grata anécdota. Como dirigente estudiantil revolucionario, porque entonces ser estudiante revolucionario era ser solidario con los trabajadores y los campesinos y no echar piedra a buses y almacenes, en tal condición, digo, participaba como asesor del sindicato de la Andian en las discusiones con los directivos de la empresa, de la que el doctor **Torrique** era asesor jurídico. Eramos, pues, contrapartes. Pues bien. En el examen preparatorio de comercial, que fue oral, no estuve a la altura de lo que habían sido siempre mis exámenes. El doctor Torres observó mi turbación y me dijo con voz paternal: "No se preocupe. Usted ha sido un buen estudiante. Le voy a poner cuatro. Fíjese, sí, que lo de la lucha de clases es un cuento". Los dos soltamos una sabrosa carcajada.

En cuanto a mis compañeros de bachillerato y de universidad tendría también que hablar de cada uno de ellos. Ahora es imposible. Pero lo haré en el futuro. Quiero recordar a William Bustillo Fernández, una inteligencia excepcional que no pudo realizarse en sus convicciones intelectuales; a Carlos Arrázola Salom, que fue después notable médico y salubrista; a Jorge Navarro Patrón, de brillante carrera política, quien era el delegado estudiantil revolucionario a las convenciones liberales, a las que llevaba nuestro proyecto de reforma agraria, que no se alejaba mucho del propuesto en 1810 por Miguel Pombo⁽⁴⁾, pero sí iba contra el latifundio co-

4. Rodrigo Llano Isaza. "*José María Carbonell*". Bogotá, Planeta, 1997. p. 95.

lonialista. Con Jorge Navarro editamos el único número de nuestro periódico "Pendón Rojo"; a Tomás Figueroa Cervantes, cabeza de una empresa de educación universitaria de toda una familia de mulatos inteligentes sin plata; a Armando Luján Villamil, a quien no se le ha apagado la inteligencia, el compañero que me regaló el último desayuno, cuando, al recibir mi grado de Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de esta Universidad, partía para Bogotá, a incorporarme a la oficina de abogado de Diego Montaña Cuéllar, asesor de sindicatos petroleros, a iniciar nuevas luchas, nuevos proyectos, nuevas utopías.

Podría seguir contando tantas cosas de esta Universidad y de esta ciudad, que marcaron el rumbo de mi vida. Pero habrá tiempo para hacerlo tranquilamente y hablar, por ejemplo, de Haya de la Torre, de Vicente Lombardo Toledano; de Nicolás Guillén, Jorge Artel y Gustavo Ibarra Merlano y las tenidas poéticas a la luz de la luna en el patio de la Clínica de Maternidad de doña Carmen de Arco; recordar el Congreso de la Federación de Estudiantes Colombiano, FEC, golpeado en la confrontación con la derecha profascista. Examinar si es cierto que la humanidad llegó al fin de la historia, porque unos **sabios** dicen que después del modelo de democracia con neoliberalismo murieron las utopías y se agotaron las posibilidades políti-

cas y sociales del hombre, pese al crecimiento de la pobreza y el desempleo, entre otras desgracias, por ejemplo. Así, sobre muchos otros temas.

He anunciado al señor Rector de la Universidad de Cartagena, doctor Manuel Agustín Sierra Navarro, que vendré a Cartagena cada tres o cuatro meses a partir de 1998, hasta el 2032, al menos, porque convine con unos jóvenes que buscan el cambio social no morirme antes. Es un acuerdo provisional, pues podría ocurrir que circunstancias imprevistas del siglo XXI me obliguen a posponerla. Que mi propósito durante esos días será pasarme a la Universidad, volverla a recorrer, sentarme en cualquier sitio —en el que dormía clandestinamente, por ejemplo—, y conversar informalmente, sin pretensiones doctorales, con los estudiantes que quieran dialogar conmigo, y a quienes desde hoy invito a que lo hagamos, para hablar sobre nuestra Universidad y su proyección para el siglo XXI y sobre otras universidades, sobre esta ciudad y sobre otras, sobre nuestro país y sobre otros, sobre nuestra historia y sobre la de otros, sobre mis utopías y sobre las de otros, sobre el mundo que quiero y sobre el que quieren otros. Es el nuevo reto. Es volver a construir sueños de igualdad y cambios en la Universidad que me formó.